



Sobre la mora y otros problemas fonológicos en wayuunaiki

Dr. Esteban Emilio Mosonyi
Gisela Jackson

Introducción

Sería algo forzado afirmar que la lengua Wayuu es particularmente compleja y exigente desde el punto de vista fonológico. Pero sí presenta un conjunto de características muy atípicas, una de las cuales -no la única- es la peculiar organización de la cadena fónica en *moras*. En este trabajo nos interesa poner de relieve, y analizar con cierta profundidad, tales hechos fonológicos, sin dejar de entender que tanto éstos como otros más generales, deberán someterse urgentemente a un examen instrumental en el marco de la fonética pura o experimental.

Hagamos, no obstante, una salvedad previa. Es menester cuidarnos mucho, ante la tentación, de ver en la fonética experimental una especie de panacea. Nadie duda que el registro mecánico dirime inmediatamente una serie de problemas, tal vez insolubles por otros medios; pero sólo resulta verdaderamente provechoso cuando se basa en un estudio fonológico preliminar muy completo y esmerado.

Nos parece interesante insistir en este punto, dada la existencia de antecedentes muy precisos. Se trata, primordialmente, de la Fonología Sikuaní de Francisco Queixalós (Queixalós 1989), donde el autor le dedica una parte significativa a las mediciones instrumentales. Sucede, sin embargo, que tales análisis espectrográficos están prácticamente orientados a confirmar las hipótesis iniciales del lingüista. Se desentiende, por ejemplo, del problema de la longitud vocálica, crucial para el Guajibo o Sikuaní: El investigador niega el valor fonémico -por demás evidente- de las vocales largas, tanto antes como después de las mediciones.

Ante tales circunstancias, resulta prioritario seguir refinando el análisis fonológico, no-instrumental, del wayuunaiki, en vista de que

aún es posible llegar bastante lejos antes de hacer uso de los aparatos. A fin de cuentas, los rasgos fonológicamente más relevantes y distintivos no pueden escaparse, indefinidamente, al oído del lingüista ni del hablante nativo interesado en el análisis de su lengua.

Discusión

Comenzaremos nuestra contribución, justamente, con algunos datos adicionales sobre el fenómeno de la longitud vocálica en wayuunaiki. Los hechos fundamentales no requieren, por supuesto, de mayores aclaratorias. Salvo cierto desfase, en la interpretación Jusayú-Olza, todos los demás analistas están muy de acuerdo con la oposición patente entre vocales cortas y largas. Abundan los pares mínimos, pero no parece necesario citarlos en esta oportunidad. Enfocaremos, más bien, un fenómeno fonético aún no descrito, mas no carente de pertinencia fonémica.

No admite discusión alguna, el hecho de, que en este idioma la acentuación no influye normalmente en la longitud vocálica: Dicho de otro modo, la sílaba acentuada no es más larga que la inacentuada, salvo ciertos casos de énfasis expresivo. Ej: La "i" de pali'tchon (poquito) -acentuada pero breve- puede alargarse en determinadas circunstancias, como cuando el hablante insiste gestualmente en la escasez de algún objeto cuantificable. h¹

Así, la "a" acentuada de katata [ka tata], (aparte) es tan corta como las otras dos, inacentuadas. Lo que todavía no se ha manifestado, al menos con argumentos formales, es el hecho de que no todas las vocales cortas presentan la misma longitud fonética. Ello es cierto, no solamente, por razones contextuales de fácil explicación como el ensordecimiento y la elisión de ciertas vocales, sobre todo de las tres altas (i, ü,u) en determinados ambientes formalizables mediante reglas precisas: por ejemplo, en posición final absoluta después de obstruyentes sordas.

Hay otro comportamiento diferencial, de naturaleza mucho más sofisticada, según la cual, las vocales cortas seguidas de obstruyentes (p,t,ch,k,s,sh,j), se pronuncian marcadamente más breves que aquellas -también cortas- que van seguidas de sonorantes (m,n,ñ,l,r,w,y). Podemos afirmar que, ante obstruyentes, las vocales cortas -acentuadas o no- se articulan "balísticamente", es decir, con fuerte impulso y duración mínima; mientras tanto, ante sonorantes, estas mismas vocales -acentuadas o no- no son fonéticamente muy cortas, sino, más bien semi-largas, sin que por ello se confundan jamás con las propiamente largas.

Es importante suministrar al lector algunos ejemplos característicos. Observense las sílabas acentuadas de las vocales siguientes para detectar en ellas la pronunciación balística: tatüja (que yo sépa);

pütüka (modela tú la arcilla); nūshata (que él imite); patájata (que yazca boca arriba); tosóso (mi pulmón); wopóto (cavemos). Frente a esto, las sílabas cortas acentuadas, de las palabras siguientes, resultan perceptiblemente más largas, técnicamente semi-largas: korólo (objeto); pūsánala (respira tú); tatúma (por mí); sawáwa (flauta guajira); iméma (chicha mascada); wawála (nuestro hermano).

Tal vez al principio, no se note muy claramente, la diferencia específica entre ambos grupos; pero al cabo de cierta práctica -al menos auditiva- con un hablante nativo, es imposible no darse cuenta de una mayor longitud perceptible en el segundo grupo de vocales acentuadas. En realidad, esta diferencia, se presenta también en las sílabas no acentuadas, lo que es fácil de comprobar si se comparan las primeras sílabas de pasúta (peine) y palájana (primero).

En este mismo artículo, consideramos, más adelante, otros problemas fonéticos relativos a la longitud vocálica. Mas, por el momento, nos toca insistir en el último señalado por la influencia, tan directa, que este tiene sobre una de las consonantes silábicas y, por consiguiente, sobre el sistema de las *moras*, tal como nosotros los postulamos. Por ello, antes de tratar la división de los lexemas en moras, nos toca detenernos en el curioso fenómeno de la "t" silábica del wayuunaiki.

En toda la literatura sobre el idioma abundan referencias, acerca del hecho, de que, en ciertas condiciones, tanto la "l" como la "r" cambian o tienden a cambiar en "t". Concretamente, se ha dicho que, esto ocurre en posición final de sílaba y de palabra, como parecen demostrarlo los ejemplos siguientes: samulu - samut (variantes de la palabra zamuro); ja'yamülerü - ja'yamület (variantes de la palabra mosca); erü (perro), etkai (el perro).

A primera vista, pareciera tratarse de un cambio fonémico, tipificable, como refuerzo articulatorio: la conversión de la sonorante "l" o "r" en la obstruyente oclusiva "t". Así lo han aceptado los distintos autores, desde los primeros misioneros hasta Hildebrandt, Jusayú, Olza, y Alvarez. En realidad, ésto, se ha asumido prácticamente como un axioma de la fonología Wayuu, apoyado tácitamente, por la transformación morfológica de la "r" en "t" en algunos idiomas como el japonés.

Ahora bien, en este trabajo nos interesa demostrar que, en el Wayuu actual, ese cambio fonológico es sólo aparente. La "l" y la "r" pueden transformarse, efectivamente, en un tipo de "t", pero fonémicamente conservan su carácter sonorante. Nunca se identifican con el fonema "t" presente en la lengua en posición prevocálica. El fenómeno merece destacarse, no solamente, por su peculiaridad fonológica, sino por constituir uno de los incentivos que nos han llevado hacia la sustitución del esquema silábico, por uno basado en moras, para una mejor descripción e interpretación de esta lengua.

Examinaremos una palabra como sekurulu (pájaro carpintero). Según lo dicho anteriormente, esta forma presenta una variante en sekurut. Pero sucede que, esta "t", es adherente, es decir, la lengua permanece en reposo por una fracción de tiempo, en vez de volverse instantáneamente a su posición original completando el proceso articulatorio. Esta misma adherencia se observa al agregarle el artículo a esta palabra: sekurutkalū (el pájaro carpintero).

Por otra parte, la "t" prevocálica -la de taya (yo), por ejemplo- no presenta ni puede presentar, dicha adherencia. Pero más que insistir en diferencias fonéticas que podrían ser puramente posicionales, nos toca recalcar que, la "t" adherente -al igual que la "l" o la "r"- hace semi-larga la vocal anterior, lo que jamás ocurre con el otro tipo de "t". Así, la primera "a" de atpa (garza) es semi-larga, como si la palabra fuera "arpa"; en cambio, la primera "a" de jimata (estáte quieto) no presenta la menor tendencia al semi-alargamiento.

A esto se agrega que la "t" adherente puede ir precedida de saltillo, al igual que la "l" y la "r". Ejemplo: epe'tshi (borracho), donde además la "e" preserva su articulación semi-larga a pesar de la oclusión glotal. Este hecho contrasta con la articulación de la palabra epetūshi (poco profundo), en la cual la segunda "e" -acentuada- jamás podría articularse semi-larga ni, mucho menos, admitir un saltillo subsiguiente. Curiosamente, la "ū" puede desaparecer en elocución rápida, pero sin producir por ello una "t" adherente o capaz de aumentar la duración de la vocal anterior: Nótese que los infinitivos respectivos son "epe'raa" y "epetaa".

Podríamos aducir más argumentos, y sobre todo ejemplos, pero lo dicho hasta aquí parece suficiente para rebatir toda identidad fonémica entre la "t" normal y la "t adherente". Esta última viene siendo el producto de la neutralización de la "l" y la "r" en posición final o preconsonántica, y por tanto cabría adscribirla al fonema "l" como uno de sus alófonos.

De esta manera, "sekurut", sería en rigor "sekurul", e incluso watta (lejos) debería representarse como "walta", ya que obviamente la "a" anterior a la primera "t" es semi-larga. Ello no debe extrañarnos, puesto que el primer miembro de una "tt" superficial proviene de contracción de una sílaba -o-mora- contentiva de una "l" ó "r" inicial: Compárense "kolotaa" con kottaa (estar agrupados). Tenemos un fenómeno análogo en la alternancia que se da entre "su'uluku" y su'utku (entre varios).

Una prueba final para el verdadero estatus fonológico, de la "t" adherente, y su capacidad de producir cierto alargamiento vocálico, la experimentamos en las tres formas alternantes del artículo femenino: -kalū, -kat, -kaa. Las dos primeras variantes no nos dicen nada nuevo, pero la tercera, nos muestra que la caída de la "t" adherente no afecta,

sino que más bien refuerza, el alargamiento de la "a". Otro punto, de orden bien distinto, que deseamos enfatizar, es la naturaleza silábica de la "t" adherente, pero para ello necesitamos exponer nuestro postulado de las *moras*.

La noción de *mora* -demora o parada en latín- se remonta a las llamadas lenguas clásicas y adquiere particular relevancia a partir de la escuela estructuralista de Praga. Como no nos interesa explayarnos, en consideraciones generales o anecdóticas, diremos simplemente, que la *mora*, es un concepto alternativo al de sílaba, eventualmente compatible con este último. En la sílaba se hace hincapié en la articulación agrupada y conjunta de una serie de fonemas centrados en torno a un núcleo vocálico o cuasivocálico. En la *mora* domina la idea de una entidad rítmica mínima y recurrente, de suerte que, cada una de ellas posee aproximadamente la misma duración.

Aparte del latín y griego clásicos, una de las lenguas, en que la categoría de *mora* encuentra una aplicación de utilidad evidente, es el japonés; pero se conocen también casos, muy característicos, en el Continente Americano: por ejemplo, el Jíbaro o Shuara presenta una combinación de *moras* y sílabas en su estructura rítmica. Así lo atestigua un artículo reciente de David L. Payne sobre el Aguaruna, un variante del Shuara.

La *mora* suele ser más corta y de composición más sencilla que una sílaba convencional; pero su característica principal es la *isorritmia*, o sea, el fenómeno de que cada *mora* abarque -al menos idealmente- la misma extensión temporal. En términos prácticos, el análisis en *moras* se justifica, en aquellas lenguas, donde estos pequeños segmentos subsilábicos sirven de soporte para la asignación de rasgos distintivos suprasegmentales, como son el acento, el tono y el prosodema.

El acucioso investigador del wayuunaiki, José alvarez, propone una estructura silábica para esta lengua que, en última instancia, no es incompatible con la estructura basada en *moras* que nosotros postulamos. En efecto, algunas reglas fonológicas bastarían para transformar -mediante simple yuxtaposición- ciertas *moras* simples en sílabas relativamente más complejas. Allí estriba justamente la diferencia más conspicua: mientras las sílabas pueden ser livianas o pesadas, las *moras* siempre son livianas.

Nosotros comenzamos a preocuparnos por la segmentación de la cadena fónica en *moras* sobre la base de una convicción intuitiva. Este tipo de análisis permite mucho mejor la ubicación, caracterización y comprensión del acento Guajiro, que una división silábica de índole rutinaria y tradicional. Además, esa descomposición en *moras*, no es tan sólo una tarea fácil sino que refleja, con sorprendente fidelidad, el ritmo y la melodía de cada lexema. Asimismo, nos permite clasificar las

consonantes finales y preconsonánticas como un tipo de mora especial, en lugar de opciones explicativas más ambiguas.

Para concretar nuestra propuesta, diremos que, en el idioma Wayuu, existen los siguiente tipos de fonotagmas susceptibles de subsumirse bajo la denominación de mora: vocal corta (v); vocal corta + saltillo (v'); consonante silábica (c); consonante + vocal corta (cv); consonante + vocal corta + saltillo (cv'). Nótese que, en el presente análisis, el saltillo no se interpreta como consonante propiamente dicha.

En nuestra interpretación la mora viene siendo una entidad extremadamente simple que jamás puede tener más de tres (3) miembros; incluso, el tercer miembro -cuando está presente- es siempre un saltillo, cuya articulación en wayuunaiki es muy tenue: de naturaleza fricativa más que oclusiva; una especie de "voz quebrada" o laringarizada. Por otra parte, en lo que respecta a las consonantes silábicas, éstas no duran una sílaba sino una mora; pero conservamos el término "silábico" para evitar neologismos inconvenientes.

Antes de continuar con más explicaciones, veamos algunos ejemplos ilustrativos:

Lexema	Traducción	División en moras	Tipos de moras
aashaje'eraa	leer	a-a-sha-je'-e-ra-a	v-v-cv-cv'-v-cv-c
aya'lajaa	comprar	a-ya'-la-ja-a	v-cv'-cv-cv-v
antúshii waya	nosotros vinimos	a-n-tú-shi-i wa-ya	v-c-cv-cv-v cv-cv
atunkajitnaa	ser obligado a dormir	a-tu-n-ka-ji-t-na-a	v-cv-c-cv-cv-c-cv-v
ashaitajaa	jugar	a-sha-i-ta-ja-a	v-cv-v-cv-cv-v
ashakataa	bajar	a-sha-ka-ta-a	v-cv-cv-cv-v
aa'inraa	hacer	a-a'-i-n-ra-a	v-v'-v-c-cv-v
a'alijirawaa	negarse	a'-a-li-ji-ra-wa-a	v'-v-cv-cv-cv-cv-v
a'yalajaa	llorar	a'-ya-la-ja-a	v'-cv-cv-cv-v
e'irukuu	carne o clan	a'-i-ru-ku-u	v'-v-cv-cv-v
kaa'ula	cabra	ka-a'-u-la	cv-v'-v-cv
nnojolü	no haber	n-no-jo-lü	c-cv-cv-cv
paa'a	vaca	pa-a'-a	cv-v'-v
paa'akaa	la vaca	pa-a'-a-ka-a	cv-v'-v-cv-c
paa'akalü	la vaca	pa-a'-a-ka-lü	cv-v'-v-cvk-cv
paa'akat	la vaca	pa-a'-a-ka-t	cv-v'-v-cv-c
pi'itaa	pon tú	pi'-i-ta-a	cv'-v-cv-v
püikalaa	siéntate	pü-i-ka-la-a	cv-v-cv-cv-v
tachon	mi hijo	ta-cho-n	cv-cv-c
watta'a	mañana	wa-t-ta'-a	cv-c-cv'-v

Conviene hacer algunos comentarios. Las vocales largas no se asumen unitariamente como tales sino que se desdoblán en dos moras. Semejantemente, no hay diptongos sino secuencias vocálicas cuyos miembros son núcleos de moras. Las consonantes que aparecen como finales de sílaba según la división silábica convencional, en nuestro modelo constituyen consonantes silábicas.

El caso de la "t" silábica sería bastante extraño y atípico, a no ser, por su procedencia a partir de una sonorante: "l" ó "r". En efecto, el núcleo -tanto de- la mora como de la sílaba- tiende a ser vocálico en cualquier lengua. En caso contrario puede ser una nasal o sonorante con valor silábico. Pero una oclusiva difícilmente puede cumplir este papel, a menos que en su estructura profunda responda a un fonema de carácter continuo, tal como aquí sucede. Dicho sea de paso que, la "t" silábica adherente, es impronunciabile en estado de aislamiento; mas, el concepto de mora reviste tal grado de abstracción, que exime del condicionamiento de una emisión articulatoria independiente.

Los ejemplos anteriores demuestran que, con la aplicación de la mora, se facilita en buena medida la segmentación fonológica de los lexemas del idioma Wayuu, inclusive de la cadena hablada. Pero dijimos, más arriba, que con este análisis nos interesaba, primordialmente, proporcionar una interpretación alternativa para el sistema de acentuación propio de este idioma. En lo sucesivo trataremos de comprobar que las reglas de acentuación salen mucho más claras, precisas y elegantes dentro del modelo basado en la mora, que según una interpretación silábica más conservadora.

En todo caso tenemos que darle el crédito a otros lingüistas -entre ellos, muy especialmente, a José Alvarez- en cuanto al establecimiento de reglas, tanto explícitas como implícitas, capaces de explicarnos muchas características de esa acentuación. Estamos plenamente de acuerdo con Alvarez, cuando éste afirma, que el componente primordial del acento Wayuu es una mayor altura musical, antes que el esfuerzo articulatorio adicional que también está presente.

Reviste también gran importancia la conceptualización de este autor en lo referente al carácter extramétrico de toda sílaba corta inicial terminada en saltillo -o mora inicial, según nuestra interpretación- lo que trae como consecuencia, el hecho de que, tal entidad fonotáctica no cuente en absoluto para la asignación del acento. En términos generales, y una vez hecha esta salvedad, es una aproximación bastante certera la fórmula según la cual, el acento cae en la segunda sílaba cuando la primera es liviana, y en la primera cuando es pesada, tal como lo afirman Alvarez, Mansen y nosotros mismos en trabajos anteriores.

Si partimos de la existencia y de la pertinencia de la mora para el análisis prosódico, la regla básica podrá enunciarse de una forma aun más clara y sencilla. Cada lexema del wayuunaiki recibe el acento en su segunda mora, con la excepción de aquellos que comienzan con la mora extramétrica terminada en saltillo: vocal + saltillo o consonante + vocal + saltillo. Efectivamente, si nos paseamos por los ejemplos consignados para ilustrar el concepto y la utilidad real de la mora como categoría de este idioma, podemos colocar en forma automática un símbolo de acentuación en la segunda mora de cada lexema con la única excepción señalada.

Sin embargo, si nos interesa llegar a un mayor nivel de refinamiento, tenemos que aclarar algunos aspectos de este planteamiento en forma más detallada. En lo que Alvarez denomina, sílabas livianas, no se presentan mayores problemas; pero se dan algunas dificultades, aparentes, en lo concerniente al remplazo por moras de sus sílabas pesadas en calidad de soporte acentual.

Aclaremos primero lo referente a las llamadas "vocales largas". Tanto Alvarez, como otros descriptores hablan corrientemente -y con muy buena base- sobre la longitud vocálica diferencial, innegable en esta lengua. Pero nosotros, en vez de postular vocales largas, asumimos el mismo fenómeno como una secuencia de dos vocales cortas idénticas: vocales geminadas como las llama Martha Hildebrandt. Desde el punto de vista acústico-articulatorio, se da un alargamiento equivalente, más o menos, al doble del tiempo de emisión correspondiente a una vocal corta; pero lo que interesa más de cerca, es la susceptibilidad que tiene esta extensión articulatoria de recibir una inflexión melódica en su segunda parte.

Expliquémonos. Como el acento recae con carácter exclusivo sobre una sola mora -y este consiste principalmente en una elevación tonal perceptible- solamente una de las vocales geminadas resulta marcada en cuanto a su mayor altura musical. La misma autora Hildebrandt -si bien no habla de moras- jamás acentúa dos vocales geminadas seguidas, sino una sola de ellas: bien sea, la primera o la segunda.

Para nuestro análisis, una secuencia de dos vocales iguales, constituye claramente la suma de dos moras, una de las cuales, puede portar eventualmente el acento léxico. En lo auditivo, no apreciamos ningún corte o interrupción entre los dos segmentos, de suerte que no cabe hablar de una rearticulación vocálica sin saltillo como en Tupí. En cambio, sí se nota con bastante claridad una elevación melódica, acompañada de cierta intensidad adicional, precisamente en el segmento vocálico incluido en la mora acentuada.

Podemos concebir cualquier lexema Wayuu formado por más de tres moras, no extrarrítmicas, como una estructura compuesta por un

momento de emisión musicalmente neutra, seguida por otra de mayor altura tonal, a la cual le suceden otras emisiones melódicamente cada vez más bajas: $\hat{1}^2 \searrow_{3_4}$. Todo esto no requiere mayor comentario cuando las moras se ajustan a la fórmula de consonante vocal (cv): Kabata (aparte) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4}$; pikerola (entra tú) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4}$; tepichipalajana (jardín de infancia) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4} \searrow_{5_6}$.

Ahora bien, cuando una palabra contiene en sus dos moras iniciales, una vocal repetida o geminada, según este criterio la segunda de ellas recibe el acento con toda normalidad: aáshawajaa (hablar) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4} \searrow_{5_6}$; eéjeerü (habrá) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4} \searrow_{5_6}$; taáshee (libertad) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4}$; paáppaa (agarra tú) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4}$; taápa (que yo dé) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4}$. Dicho sea de paso, que tanto, en estos ejemplos como en los consignados en el párrafo anterior, se oye bien la culminación melódica en la mora correspondiente; tal vez con la excepción de aquellos hablantes que pronuncian un poco más alta la primera "mora-neutra", en cuyo caso, no se nota mucho el ascenso pero sí el descenso. Ej: Japūnaja (siembren Uds.) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4}$; oonowaa (estar de acuerdo) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4} \searrow_{5_6}$.

De esto se desprende, sin mayor esfuerzo, que al entrar la vocal geminada a las moras 2 y 3, es la primera, y no la segunda de estas vocales, la que se convierte en portadora del acento. Este fenómeno se comprueba auditivamente con los hablantes nativos. Ej: Kuláala (corral) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4}$; kayúuishi (caimán) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4}$; tanáteerü (yo lo corregiré) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4} \searrow_{5_6}$; tasiípala (mi asiento) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4} \searrow_{5_6}$; uyáaliwa (mapurite) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4} \searrow_{5_6}$. Extender la acentuación sobre ambos segmentos geminados sería falsear la realidad.

Pero veamos qué sucede al haber una mora inicial extrarrítmica, es decir, terminada en saltillo. En términos generales, ya dejamos establecido que la tercera mora llevará el acento. Mas al estar conformada esta tercera mora por el segundo miembro de una vocal geminada, es justamente esta segunda parte la que se acentúa: e'iítaa (defecar) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4} \searrow_{5_6}$; o'oojoo (bañarse) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4} \searrow_{5_6}$; ta'liíma (mi barba) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4}$. Nótese que en estos casos también la extensión del acento a ambas vocales geminadas sonaría falso para el hablante guajiro, al igual que el mayor refuerzo del primer miembro falso para el hablante guajiro, al igual que el mayor refuerzo del primer miembro de la secuencia.

De esta manera se presentan algunos pares mínimos bastante curiosos. Se afirma, con todo derecho, que la diferencia fonémica entre ayaataa (salir de visita) y - a'yaataa (golpear) viene dada por la presencia del saltillo en el segundo lexema. Pero si seguimos nuestro análisis en moras, este solo hecho establece una importante distinción acentual y melódica entre ambos: ayáataa $\hat{1}^2 \searrow_{3_4} \searrow_{5_6}$ y a'yaátaa $\hat{1}^2 \searrow_{3_4} \searrow_{5_6}$; awáajaa (bostezar) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4} \searrow_{5_6}$; a'waájaa (alabar) $\hat{1}^2 \searrow_{3_4} \searrow_{5_6}$. En algunos hablantes, se percibe poco el saltillo, pero sí se aprecian con claridad dos melodías desiguales.

Al menos, en las formas superficiales de algunas palabras, se nota diferencias acentuales, incluso, en vocales geminadas ubicadas en las dos moras iniciales. Es bien distinta, por ejemplo, la impresión recibida del vocablo máa -aféresis de pūmáa, contigo- que de la primera parte de maáchen (mamá). Esta diferencia sería casi imposible de registrar si aplicásemos la propuesta silábica desarrollada por Alvarez, según la cual, en ambos casos, se trataría de una sílaba larga "maa". Otro par análogo sería póoloja -aféresis de pupóoloja, hierve tú- comparado con poólota -radical de poólotaa, estar en ebullición-.

Hay un caso especial que requiere un tratamiento diferencial si se trabaja con sílabas convencionales. Alvarez afirma que una sílaba "pesada" -es decir, marcada por vocal larga, diptongo o consonante final- atrae sobre sí la acentuación inicial aún cuando vaya seguida de saltillo. Para nosotros, tal excepción, simplemente no existe: como la que va seguida de saltillo es la segunda mora -no la primera- ya no se plantea el problema de la extrarrítmicidad.

De esta forma nosotros acentuamos paá'a (vaca); aá'inraa (hacer); maá'ala (serpiente de cascabel); taá'in (mi alma). Desaparece, pues, todo motivo para tratar esto como un caso excepcional, lo cual hace que la descripción resulte más simple, homogénea y elegante. En todo caso, subsiste el problema de que, fonéticamente, la primera vocal geminada tiende a desaparecer; pero ello no implica, por ahora, ningún cambio en el patrón de acentuación.

Es también notoria la ventaja que presenta esta interpretación referente a lo que Alvarez denomina los "diptongos" del Guajiro. Para nosotros, simplemente, no existen diptongos en esta lengua sino meras secuencias vocálicas. Esto elimina otra fuente de excepciones para la regla fundamental de acentuación. En vez de afirmar, que las sílabas con diptongos atraen el acento inicial, podemos aplicar, sin más, la norma general de que la segunda mora es la acentuada: aíwaa (doler); oútaa (morir); aikkaa (vender); eínasee (asiento).

Esta solución no presenta ningún problema en el sentido fonológico, vale decir, estrictamente fonémico. Pero sí da pie a una necesaria digresión de carácter fonético; a no ser que, nos conformemos con levantar dudas no tan fáciles de disipar. Concretamente nos interesa responder a una doble pregunta de clara pertinencia: ¿Es acústicamente cierto que estas secuencias no constituyen diptongos y que llevan además el acento en su segundo elemento?

La pregunta no es capciosa, por cuanto hay la posibilidad de que la secuencia "ai" de maima (mucho) -que nosotros acentuamos "maíma"- o la "au" de maúna (compensación) -que acentuamos "maúna"- sean efectivamente captadas como diptongos, sobre todo, en habla rápida. Tal percepción está bien documentada en los trabajos de Mansen, Olza y Jusayú, y especialmente en Alvarez quien insiste en el hecho. Esa

interpretación acústica procede de la extremada brevedad de la segunda vocal y de su endurecimiento consonántico: Todo lo cual no la convierte en final de diptongo, ni la exime, de portar el acento en muchos casos.

En efecto, la "i" de "maíma" es sumamente breve, como ocurre con tantas vocales acentuadas en esta lengua. Inclusive cabe decir que los segundos miembros de las secuencias vocálicas, cuando estas son vocales altas -i,ü,u- precedidas inmediatamente por alguna de las bajas -e,a,o- tienden a desarrollar un apéndice consonántico oclusivo a expensas de la longitud de su propio elemento vocálico. Como este es un hecho muy significativo dentro de la fonología guajira, trataremos de explicarlo con más detalles.

Independientemente de la presencia o ausencia del acento, las secuencias vocálicas ai, aũ, au, ei, oi, ou, tienden a cerrar muchísimo su segundo elemento, hasta endurecerlo con los resultados siguientes: ai^t, aũ^k, au^k, ei^t, oi^t, ou^k; algunos de ellos susceptibles incluso de modificaciones ulteriores aún más radicales. Así, "maíma" se pronuncia en principio "mai^tma", el cual -por asimilación- tiende a convertirse en "mai^tma" o "mai^mma". Es decir, mientras la "i" se desvanece la "m" se alarga transformándose prácticamente en una geminada.

Trataremos de generalizar y ejemplificar esta observación: laũtaa (ser grueso) es en la práctica "laũ^ktaa" o "lak^ttaa", pronunciado con la "k" adherente, claro está; meí se oye meí^t (mosquito); ojóitaa se percibe como ojói^tta (enterrar); óusajaa se metamorfosea en oú^ksajaa o bien óksajaa (besar); oútaa suena oú^kta u ok^taa (morir): Si bien se da igualmente la variante dialectal aútaa, la cual a su vez tiende a sonar aúktaa. Dicho sea brevemente, la "i" se endurece en una especie de "t" mientras que la "ü" y la "u" lo hacen en un tipo de "k": Lo cual se explica fácilmente en razón del carácter posterior de dichas vocales.

Es más complejo entender cómo una vocal transformada en consonante puede, no obstante, recibir el acento léxico. Es fácil de admitir que óusaa (rozar la tierra) se transforme en "oksaá"; mas parece algo atípico que el acento siga recayendo en la "k": consonante obstruyente, oclusiva y sorda por más señas. Nos toca exponer brevemente, que esto es, lo que realmente sucede, a pesar de todos los impedimentos en contra.

Es correcto asumir que acústicamente una consonante sorda - aunque se la retenga por una fracción de tiempo- no puede transmitir, ni intensidad, ni altura musical. Pero el wayuunaiki posee un mecanismo articulatorio alterno que parece obviar este inconveniente: El espacio correspondiente a la consonante sorda es objeto de una articulación tensa, que si bien no es equiparable a un acento, sí ejerce el efecto de impedir que el mismo recaiga sobre cualquier otro segmento de la palabra. Tenemos, por así decirlo, un "acento por omisión".

En otros términos, a través de la duración de la consonante - equivalente a un mora- no se percibe ninguna marca melódica; pero sucede que el resto de la palabra presenta todas las características de una línea melódica inacentuada. Por consiguiente, el hablante nativo, reproduce -a partir de una forma aparentemente átona- un pico acentual y tonal que se agrega a la percepción global por obra de la simulación acústica.

Según esta explicación, existe una manera muy conveniente de reconstruir la fórmula melódica de este tipo de palabras, mediante el uso de una línea interrumpida, que coincidirá, con el segmento estructuralmente acentuado. Ej: laútaa > lakútaa (ser grueso) $\hat{1}^2_{3,4}$; oútaa > okútaa $\hat{1}^2_{3,4}$ (morir); oúsajaa > oksajaa $\hat{1}^2_{3,4,5}$ (besar). Recuérdese que esta "k silábica" es relativamente larga y siempre adherente; sólo se desarticula muy suavemente cuando entra en escena la consonante siguiente.

Tenemos una prueba indirecta de lo aquí afirmado en muchas transcripciones, especialmente de Martha Hildebrandt, muy sensitiva a los detalles fonéticos. Ella escribe oukktaa por oútaa (morir); oukkaa por oúkaa (interceptar); aktitajaa por a'ütütajaa (caer en trance). El último ejemplo comprueba, por lo demás, que el saltillo intermedio no es obstáculo para el endurecimiento de la vocal alta: lo que reafirma, indirectamente, el hecho de que estas secuencias bivocálicas no tienen nada que ver con los verdaderos diptongos estructurales.

La conclusión que de esto se desprende es bien simple. El wayuunaiki presenta una serie de secuencias bivocálicas -y también trivocálicas o raras veces cuatrivocálicas- con distintas características acústico-articulatorias; interrumpidas o no por la inserción del saltillo que se superpone sin modificar los otros rasgos fonéticos del grupo. Por otra parte, dado que cada segmento vocálico constituye una mora, cualquiera de ellos puede convertirse en portador de acento en las condiciones fonológicas apropiadas; es decir, sin más limitaciones que las interpuestas por las reglas de acentuación.

Pongamos, no obstante, algunos ejemplos para reforzar el aserto: aikalawaa (sentarse); te'itáain (yo pongo); kaá'ula (cabra); ta'laúla (mi tío materno); ka'laíra (tigre); ajú'itaa (salir); amáimajaa (multiplicarse); paá'airua (vacas); eé'irataa (cambiar); aáinjaa (elaborar); o'uú (ojo); tei (mi madre). Sin excluir por tanto, la presencia acústica de segmentos identificables como "diptongoides", debemos descartar la pertinencia fonológica de los diptongos, al igual que la existencia de especificidades acentuales atribuibles a ese motivo.

Por otro lado, conviene insistir en que, aparte de los segmentos consonánticos acentuados originados por el "endurecimiento" de las vocales altas "ü" y "u", existen también verdaderas consonantes

silábicas -acentuadas o no- cuya duración exacta responde a la extensión de una mora. En primer término retomemos aquí el segmento que hemos denominado "t silábica", el cual no es sino la neutralización consonantizada y dentalizada de las secuencias "lü" y "rü" bajo ciertas condiciones fonológicas: específicamente en posición preconsonántica y final de palabra.

No estarán de más, agregar, algunos ejemplos a los ya consignados: aṭpanaa (conejo); ta'ütpa'a (a mi lado); oṭṭawaa (regalar); o'ttáwaa (pasar al otro lado); poóṭshi (lodo, fango); ajá'ttüsü (se acabó); ipét (rana); pütchi (palabra). Recuérdese, por analogía con la "k adherente", que la "t silábica" se acentúa también por omisión; de manera que la palabra se oye átona y con las moras preacentual y postacentual situadas a un mismo nivel melódico. Ej: aṭpanaa (conejo).

Otra consonante silábica, característica y posible portadora de acento es la "n", que se convierte en "m" ante la oclusiva "p" y se articula como "n velar" ante "k", "w" en posición final de palabra. Sin embargo, en este último caso, es corriente su pronunciación como "ñ" cuando va precedida de "i" o seguida de "y": Esta combinación suele dar lugar, a su vez, a una doble "ññ". Ej: ańtaa (venir); pńnta (ven); apántajawa (huir, espantarse); ka'ńká'ntaa (personaje mitológico); kamńpaana (del español campana); sńnńin (en ella); kachónyaasü o kachónńñaasü (que aparenta tener hijo); sńchón (su hijo de ella); achónń (hijo): En esta última palabra hay una secuencia de dos "n" silábicas" con pronunciación velar.

Hemos de confesar que la transcripción de la palabra "manta", préstamo del español manta, por Martha Hildebrandt sirvió para colocarnos en la pista del carácter silábico de la "n". En efecto, ella escribe "mántta"; y ciertamente la "t" postconsonántica es algo tensa en Guajiro. Pero al cabo de muchas audiciones notamos que lo realmente pertinente es la longitud, refuerzo y elevación tonal de la "n" que constituye una mora acentuada: mańta.

Nos parece que lo expuesto sobre la mora, y sus consecuencias, para la acentuación y otras características fonológicas de la lengua, resulta suficiente para justificar nuestra inclinación por esta alternativa, frente al esquema silábico que sostiene entre otros, José Alvarez. No descartamos la idea de construir también un sistema silábico, superpuesto al de las moras, basándonos para ello en las propias reglas de Alvarez, así como, en las intuiciones de Olza y Jusayú. Nada excluye la posibilidad de que, en esta lengua, coexistan ambas estructuras en niveles distintos de análisis.

Por ahora, en el Guajiro, la mora tiene una importancia fonológica mucho mayor que la sílaba. Esto podría cambiar con la evolución diacrónica de la lengua. Efectivamente, el Paraujano o Ańú -según la interpretación fonológica de Marie-France Patte, reforzada por nuestras

notas de campo- sólo parece contener sílabas livianas y pesadas, las cuales influyen en la acentuación, sin determinarla enteramente. Con toda posibilidad el Añú es una lengua de acentuación libre.

Antes de pasar a otro tema, apliquemos los acentos que se desprenden de la división en moras al conjunto de ejemplos ofrecidos para ilustrar el procedimiento para obtener dichas entidades pro-ódicas.

Lexema	División en moras	Acentuación	Traducción
aashaje'eraa	a-a-sha-je'-e-ra-a	aáshaje'eraa	leer
aya'lajaa	a-ya'-la-ja-a	ayá'lajaa	comprar
antüshii waya	a-n-tü-shi-i wa-ya	antüshii waya	nosotros vinimos
atunkajitnaa	a-tu-n-ka-ji-t-na-a	atúnkajitnaa	ser obligado a dormir
ashaitajaa	a-sha-i-ta-ja-a	asháitajaa	jugar
ashakataa	a-sha-ka-ta-a	ashákataa	bajar
aa'inraa	a-a'-i-n-ra-a	aá'inraa	hacer
a'alijirawaa	a'-a-li-ji-ra-wa-a	a'alijirawaa	negarse
a'yalajaa	a'-ya-la-ja-a	a'yalájaa	llorar
e'irukuu	e'-i-ru-ku-u	e'irúkuu	carne o clan
kaa'ula	ka-a'-u-la	kaá'ula	cabra
paa'a	pa-a'-a	paá'a	vaca
paa'akaa	pa-a'-a-ka-a	paá'akaa	la vaca
paa'akalü	pa-a'-a-ka-lü	paá'akalü	la vaca
paa'akat	pa-a'-a-ka-t	paá'a-ka-t	la vaca
pi'itaa	pi'-i-ta-a	pi'itáa	pon tú
püikalaa	pü-i-ka-la-a	püikalaa	siéntate
tachon	ta-cho-n	tachón	mí hijo
watta'a	wa-t-ta'-a	wattá'a	mañana

Antes de concluir el presente trabajo hemos juzgado conveniente tocar brevemente otros puntos atañentes a la fonología, sin jerarquizarlos ni sistematizarlos por ahora. Tampoco sería oportuno profundizar en esos problemas o llegar a conclusiones tajantes acerca de ellos, ya que se trata de tópicos en que la investigación fonética instrumental podrá jugar un gran papel. Pero como ya dijimos, nunca está de más ofrecer de antemano algunas áreas precisas para este tipo de estudio, lanzar hipótesis operativas y adelantar determinados ejemplos para su eventual verificación.

En primer lugar, nos interesa hacer un inventario de otras consonantes que en algunos contextos llegan a ser silábicas, sin la regularidad u obligatoriedad que revisten los casos anteriores. Además,

a diferencia de estos, nunca o sólo raras veces se constituyen en moras acentuadas. Tenemos los segmentos shi, sũ y su que en algunas posiciones no acentuadas -sobre todo al ser iniciales o finales de palabra- suelen perder su elemento vocálico para transformarse en las moras vocálicas silábicas "sh" y "s". Ej: shikũin > shkũin (ella come); sutũnkuin > stũnkuin (ella duerme); antũsũ > antũs (ella viene). Algunas veces, tales segmentos se acentúan: pasũta > pašta (peine).

El segmento "pũ" puede transformarse en "p" adherente, ante todo, en final de palabra: alépũ > alép (cuchara). La "k" adherente silábica es un fenómeno más raro. Existe, no obstante, como fonema final en la interjección admirativa taják, donde constituye la mora final.

Comentario aparte merece la sílaba "tũ", en la cual, el elemento vocálico se debilita y se ensordece con frecuencia. Mas en nuestra experiencia, esta "t", nunca se constituye en silábica, ya que persiste un residuo de la vocal original que provoca la explosión de la consonante inicial. Por tal razón, esta secuencia, nunca se confunde con la verdadera "t" silábica procedente de "l" y "r"; inclusive, se suma el hecho de que, la vocal anterior a la "t" normal es balística y la que precede a la "t" silábica es semi-larga. Así, tama'anajatũkat (la que está en mi poder) nunca se transfigura enteramente en *tama'anajatkat; ni jemetũsũ (sabrosa) se hace *jemetsũ: por más breve que sea la "ũ" intermedia.

La mora "chi" -en posición final- también suele perder su elemento vocálico como en reréchi (hojarasca) que se transforma en *reréch. También sucede en jashichishi (bravo) que normalmente se reduce a *jashichsh, con dos moras consonánticas finales.

Otro punto, que no queremos obviar, es el referente a la aspiración postvocálica de carácter no fonémico. Es constante -o poco menos- en posición final después de vocal corta acentuada: ka'ĩ > ka'ih (sol); kashĩ > kashih (luna); tayá > tayáh (yo); jimé > jiméh (pescado). En este contexto la aspiración remarca la brevedad vocálica. Por otra parte, muchos hablantes agregan una aspiración a la mora anterior al acento cuando ésta va seguida de las obstruyentes "p", "t", "ch", "k". Ej: ekáa > ehkáa (comer); tatá > tahtáh (mi piel); pũchékũin > pũhchékũin (tu quieres); ka' yatũsũ > ka'yahtũsũ (alejada) o ka'yahtũs; ipá > ihpáh (piedra).

Sobre el tópico de la longitud vocálica nos incumbe agregar, por lo menos, una consideración adicional. Una vocal fonéticamente larga -interpretada por nosotros como dos geminadas constitutivas de sendas moras- tiende a perder parte de su longitud en posición final absoluta para transformarse en semi-larga: asálaa > asála^a (carne); piée > pié^e (tu lengua); osótoo > osóto^o (perforar).

A pesar de que distintos autores -sobre todo Martha Hildebrandt- hablan profusamente de una longitud consonántica diferencial,

nosotros, hemos encontrado un solo caso de consonante geminada que, aparentemente, no admite discusión: la "nn". En tal caso, la primera es silábica, vale decir que conforma una mora independiente: mañna (abrojo); kañnajapüt (tigrillo). Lo que se escribe corrientemente "tt" es, en verdad, una secuencia de dos consonantes heterogéneas, ya que la llamada "t" silábica nunca ha dejado de funcionar como una vibrante fonéticamente mimetizada: a'ttiee (cosecha). Hasta cabría proponer que la misma "nn" es una manifestación superficial de la secuencia t + n. Ej: o'unítnaa > o'uninnaa (ser obligado a ir). Si esto es así, podemos afirmar que, el idioma Guajiro carece totalmente de consonantes geminadas en su estructura profunda.

Sobre la acentuación es oportuno extendernos en algunos fenómenos que, no por ser marginales o atípicos, dejan de tener relevancia fonológica e incluso fonémica. En otras palabras, ya no es legítimo sostener que, en esta lengua, el acento está exento de valor fonémico.


Si queremos ser fieles a los hechos de la lengua, podríamos acuñar la fórmula de que, el acento en wayuunaiki, es marginalmente fonémico; o al menos, fonémico en ciertas y determinadas palabras que no se amoldan al patrón general, el cual cubre la casi totalidad de los lexemas del idioma. En caso de preferir un lenguaje más diacrónico y procesal, diríamos que el acento fonémico de intensidad está en trance de constituirse. Ya constatamos, ciertamente, que en el Paraujano - idioma genéticamente muy próximo al wayuunaiki- ese acento se encuentra ya plenamente conformado.

De todos modos, nos parece excesivo, el celo con que algunos lingüistas descriptivos se cuidan de admitir excepciones y formas atípicas, aún en aquellos casos en que los hechos no permiten otra salida. Ellos parecen olvidar que el lenguaje no es un fenómeno totalmente sincrónico, ni diacrónico, sino pancrónico. Todo estadio momentáneo de una lengua está en permanente movimiento, además de resumir una sedimentación histórica extensiva a largos milenios.

Sería por tanto injusto restarle importancia a una forma atípica como aliúuka -variante de aliika, tarde- la cual se acentúa en la tercera mora sin la presencia de un saltillo ni otra explicación aparente. La acentuación del nombre propio Kohe'ée es también injustificable en términos de las reglas generales que hasta hoy se han diseñado. Inclusive el par mínimo púlá -radical de "prohibido"- y púla -variante de púpula, para ti- es indicador de una fonemicidad incipiente, por más que se trate de formas superficiales.

Nos resta decir algo acerca de ciertos fonemas y características articulatorias. En cuanto a las vocales e,i,o,u no nos urge aportar elementos de juicio en este momento. Pero sí queremos recalcar que la ù es fonéticamente una vocal posterior -no central- sobre la base

fáctica de que su redondeamiento artificial reproduce bien el sonido "u". Ello no es óbice para que funcione como fonema central en el esquema fonológico.

La vocal "a" se percibe como netamente anterior -no central- si la comparamos con el timbre de la mayoría de las variantes de la "a" española. La audición y reproducción cuidadosas de un lexema como palájana (antes) -que se pronuncia con los labios bien estirados- así lo confirma, aun sin ayuda mecánica. Sea como fuere, cualquier tipo de "a" posee fonéticamente una articulación mucho más retraída que la "e" y la "i" -debido a la forma trapezoidal de la cavidad articuladora- la cual facilita la ubicación fonológica de esta vocal como central: 

Deseamos hacer una breve acotación sobre el timbre de la africada "ch". Ya varios se han percatado de su alternabilidad con la "t" en algunas palabras: acháletaa-atáletaa (hacer sonar); maáchen-maáten (mamá). Pues bien, su proximidad con la "t" se ve reforzada por una articulación palato-alveolar -no alveopalatal-, la cual la emparenta con la llamada "t" palatal o mojada: la [ç] del alfabeto fonético internacional (IPA).

Sobre la "r" se ha especulado mucho sin tomar muy en cuenta los hechos, según nuestra opinión. Nadie duda que se trata de una vibrante múltiple, y también hay consenso aparente en admitir que es distinta de la "r" múltiple española. Para nosotros, la diferencia fundamental, se da en el hecho de que la "r" Wayuu se apoya únicamente en la vocal siguiente, no en la que precede. Esto hace que normalmente suene más breve, con menor número de vibraciones, que incluso se reducen a una sola en algunos casos. Pero no hemos detectado una verdadera tendencia a la fricativización a pesar de la opinión de Martha Hildebrandt.

Queremos discutir, muy brevemente, el posible estatus fonémico de dos sonidos consonánticos -"ñ" y "v"- que aparecen en la lengua, sobre todo el primero en su versión geminada "ññ". En cuanto a la "v", esta no es sino la fricativa bilabial que se da en el español en palabras como "escoba", "centavo".

Al cabo de largas reflexiones nos inclinamos por negar su estatus fonémico en el idioma Wayuu actual, pero bien podrá adquirirlo en el futuro próximo como ya de hecho sucedió con la "ñ" en paraujano. Para no extendernos en este punto baste decir por ahora que la "ñ" fonéticamente geminada es el producto de la secuencia "ny": ainyaa (agua de alguien) suena añaña. o añaña; tachonyuu (mis hijos) se realiza habitualmente como tachoña. u.

Referente a la "v", este sonido sólo aparece en un número muy corto de palabras, aparte, de los préstamos más recientes: eviitaa (silvar); evéetaa (surgir); nevii (del español novillo). Todas estas palabras admiten igualmente la pronunciación con el fonema "w" más

habitual: ewiitaa, ewéetaa, newii. Por tanto no parece haber pares mínimos o análogos que nos hagan pensar en la independencia fonémica de la "v". Además, en los pocos ejemplos nativos o nativizados, la "v" siempre se presenta rodeada de las vocales anteriores "i" y "e", lo cual le confiere un carácter de variante facultativa y condicionada de la "w".

Finalmente, nos resta hacer una breve referencia al saltillo u oclusiva glotal "", realizado mayormente como fricativa glotal en esta lengua. Son muchas las palabras del wayuunaiki que terminan en dos vocales breves idénticas separadas por un saltillo, con la característica adicional de que la segunda vocal es inacentuada: talé'e (mi barriga); paá'a (vaca); sutú'u (su superficie interior); julá'a (tinaja); wali'i (oso hormiguero). En estos casos, es habitual, la supresión o elisión de la vocal final: talé', paá'; formas aparentemente terminadas en saltillo.

Sin embargo, la vocal final se restituye inmediatamente en la cadena hablada, o simplemente, cuando le sigue otro sonido o sonidos articulados: paá'akat (la vaca); sulú'u mmákat (en la tierra). En todo caso, esto nos hace concluir que, el saltillo tiene la facultad de producir, no solamente, moras extramétricas sino también inframétricas: vale decir, moras finales mudas en estado de aislamiento pero recuperables si se reanuda inmediatamente la emisión fónica.

Conclusiones

Consideramos útil, tanto desde el punto de vista descriptivo como didáctico, recapitular los principales argumentos que apoyan nuestra "teoría de la moras" como una proporción métrica y fonológicamente más idónea que una segmentación basada en la categoría de sílaba.

- 1) Las moras constituyen segmentos estructuralmente muy breves, sencillos e isócronos, capaces de dar cuenta -sin dejar elementos residuales- de todos y cada uno de los lexemas del idioma Wayuu. Su fórmula general se reduce a (C) N ('), es decir, un núcleo vocálico o consonántico, el primero precedido facultativamente de una consonante y seguido facultativamente de un saltillo.
- 2) La postulación de la mora simplifica al máximo la regla general de la acentuación en esta lengua: Siempre se acentúa la segunda mora, con la excepción de la presencia de una primera mora extramétrica terminada en saltillo, la cual desplaza el acento a la tercera mora, si la hubiere.
- 3) La mora permite dar cuenta de contrastes acentuales de claro valor fonémico que pasarían virtualmente inadvertidos dentro de un esquema silábico: $V \acute{V} \neq V \check{V}$.
- 4) Las moras nos autorizan a prescindir de la dualidad de sílabas livianas vs. sílabas pesadas, así como hacen innecesaria la

postulación de diptongos frente a secuencias de vocales independientes. Incluso permiten sustituir el concepto de vocales largas por el de vocales independientes geminadas.

- 5) Mediante la mora se hace fácil y transparente la interpretación fonológica de las consonantes silábicas, incluso en los numerosos casos en que son portadoras de acento.
- 6) Esta segmentación simplifica la interpretación de la elisión vocálica, mediante la conversión superficial de ciertas consonantes en moras consonánticas, que sustituyen directamente -sin eliminarlas- las moras del tipo consonante + vocal (CV).

Bibliografía

Alvarez, José

Phonological Structure of the Guajiro Language Tesis Doctoral (mimeografiada).

Hildebrandt, Martha

1963 *Diccionario Guajiro-Español*. Ministerio de Justicia, Caracas-Venezuela.

Mansen, Karis y Mansen Richard

1984 *Aprendamos Guajiro*. Editorial Townsend. Bogotá-Colombia.

Mosonyi, Esteban

1975 *Boletín Indigenista*. "El idioma guajiro" Ministerio de Educación. Caracas-Venezuela.

Olza I., Jesús y Jusayú, Miguel Angel

1978 *Gramática de la Lengua Guajira*. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas Venezuela.

Resumen

El presente trabajo versa fundamentalmente sobre la estructura silábica del idioma Guajiro o wayunaiki, de la familia Arawak. Coincide con otros estudios en el carácter no fonémico -o sólo marginalmente fonémico- del acento, pero al mismo tiempo enfatiza la existencia de una estructura fonotáctica basada en moras de extensión mínima, en vez de sílabas convencionales. Con ello parecen explicarse fenómenos como las consonantes silábicas fonéticamente acentuadas y una aparente diptongación atípica. También se abordan otros hechos residuales que siguen constituyendo objetos de controversia.

Summary

This article insists on the syllabic structure of the Guajiro language or Wayuunaiki, of the Arawak family. It coincides with other studies concerning the non-phonemic or marginally phonemic character of

Guajiro stress, but emphasizing the existence of moras, rather than conventional syllables. This assumption seems to explain phenomena like phonetically stressed syllabic consonants and some seemingly atypical diphthongs. Other residual facts approached still constitute controversial issues.

Facultad de Ciencias Económicas y Sociales
Universidad Central de Venezuela
Caracas 1051, Venezuela
